

En *Antología del Ensayo Filosófico Joven en Argentina*. Buenos Aires (Argentina): Fondo de Cultura Económica.

La obstinación de los espectros. Sujetos y política en América Latina.

Martín Retamozo.

Cita:

Martín Retamozo (2012). *La obstinación de los espectros. Sujetos y política en América Latina*. En *Antología del Ensayo Filosófico Joven en Argentina*. Buenos Aires (Argentina): Fondo de Cultura Económica.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/martin.retamozo/24>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/psap/OH8>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



**ANTOLOGÍA
DEL ENSAYO
FILOSÓFICO
JOVEN EN
ARGENTINA**

Acosta
Cherniavsky
Echevarría
Evangelista
Irulegui
Lange
Lentino
Moscovici Vernieri
Occhi
Pirela Sojo
Retamozo
Roggero
Silva Massacese

**ANTOLOGÍA
DEL ENSAYO**

**FILOSÓFICO
JOVEN EN
ARGENTINA**

Autores varios

Disponibilidad: 4
8 hs.

Precio: \$ 73,00

Comprar

[Índice](#)

[Lea un
fragmento](#)



Buenos Aires Ciudad



CCEBA

TEZONTLE

Retamozo, Martín (2012) La obstinación de los espectros. Sujetos y política en América Latina En VV.AA Antología del Ensayo Joven Filosófico en Argentina. FCE: Buenos Aires. Pp. 157-172

La obstinación de los espectros. Sujetos y política en América Latina

MARTÍN RETAMOZO

I. Introducción: sobre los espectros

Hacer filosofía desde América Latina es uno de los desafíos más imperiosos para el campo del pensamiento político y social. No por la ausencia de intentos –aún en circunstancias subalternas, violentas y exiliadas han existido fecundos esfuerzos– sino por la necesidad histórica de aportar a la comprensión (y a la configuración) de estas épocas de cambios y de cambio de época por las que atravesamos. Las actuales emergencias de experiencias colectivas, movimientos sociales y conflictos por el orden social en la región instalan condiciones para un pensamiento (sobre lo y desde lo) latinoamericano capaz de nutrirse de la tradición filosófica y de buscar nuevos horizontes y lenguajes de reflexión y praxis.

Los aconteceres políticos que transitamos, repletos de litigios por el orden, el pasado y los futuros posibles de América Latina no pueden pasar desapercibidos. La mejor tradición originaria de la filosofía política comienza en su forma moderna en este escenario: lidiando con los procesos de producción de la comunidad y sus efectos, las luchas, la aparición de lo impensable, de lo inédito. En ocasiones, esta revelación de la contingencia y de las potencialidades de un orden humano generó un profundo temor, cuando el desorden y el conflicto se convirtieron en posibles vehículos de cambio. La legitimidad del orden, los modos de transformación y los mundos deseables, preocupaciones antiguas, se reinscribieron en términos modernos desde la pesada carga de la inmanencia. La filosofía política lleva esta doble marca –orden/conflicto– inscrita en su bautismo moderno que aquí pretendemos recuperar desde dos vertientes relacionadas al sujeto: la cuestión de la soberanía popular como descubrimiento/invención que obliga a dotarnos de un orden autónomo o

autodeterminado y la presencia de los sujetos políticos como actores que emergen en las hendiduras de la plenitud social y constituyen vehículos de transformación. La fuerza de una filosofía crítica, o al menos parte de ella, se origina en estos terrenos.

Esta lectura de la cuestión del sujeto en/desde la filosofía política no obedece a una vana pretensión erudita, sino al intento de aportar a la reinstalación de la filosofía para pensar y hacer política. La exégesis de los filósofos imprescindibles en el campo de la política nos enfrenta tanto a sus teorías como al estudio de las condiciones de producción de sus obras. Platón y Aristóteles pensaron la crisis de la Atenas del siglo IV a.C. y la guerra del Peloponeso, Maquiavelo la organización de las ciudades italianas, Hobbes el advenimiento de la Commonwealth, Hegel escribió fascinado viendo entrar las tropas napoleónicas a Jena en 1806, Marx sobre las consecuencias de la Revolución Industrial en Europa y las insurrecciones de 1848 y 1871. Nosotros, desde la América Latina (pos)neoliberal y (pos)colonial. No se trata de arrogarnos estatus de gigante; asumir la tarea de pensarnos puede darse en un marco de inteligencia colectiva, nos incluimos en la primera persona del plural.

El esfuerzo por pensar desde la filosofía (la) política también nos aparta de aquellas visiones extendidas en muchas academias hegemónicas por la disolución de la filosofía política en la ética o la filosofía moral. Al mismo tiempo, nos aparta de los prolijos artículos sobre autores que desde diferentes lugares han colaborado con instalar discusiones de filosofía política sin política y que se presentan como los únicos modos válidos de hacer filosofía. Como si el velo de la ignorancia debiera caer sobre nuestros ojos y nuestras manos. Este horizonte de lectura también nos obliga a una tarea que lentamente viene retornando en el campo de la filosofía política latinoamericana y que, a pesar de su urgencia, poco podemos abordar aquí: el reencuentro con las figuras olvidadas, denostadas o malditas. No se trata de negar las filosofías políticas lúcidas de occidente (una de las tradiciones que nos co-instituye), sino del ejercicio de pensamiento situado que incorpora distintas formas del pensar-hacer como la literatura y el cine.

Este ensayo elige uno de los umbrales cruciales para abordar procesos políticos contemporáneos: el sujeto. El problema del sujeto histórico y político no es un tema más de la agenda de la filosofía académica latinoamericana o mundial, o de los debates politológicos. Sino que es el ingreso a una serie de asuntos de vertebral importancia tanto para el análisis político como para una política emancipatoria. El sujeto legítimo del poder constituyente del orden político y la emergencia de los sujetos allí donde la

totalidad vigente produce situaciones de opresión son dos asuntos que marcan las reflexiones situadas en América Latina. Desde la intervención de Bartolomé de las Casas a mediados del siglo XVI como crítica de la razón imperial hasta las propuestas actuales de la filosofía de la liberación.

Los debates políticos sobre el sujeto soberano cruzan las luchas por la emancipación de los pueblos de América bajo dominio colonial. Mariano Moreno tradujo el *Contrato Social* de Rousseau, Juan José Castelli recibió clandestinamente la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, influencia revolucionaria que también atrapó a Francisco de Miranda. José G. Artigas y Simón Bolívar, cada uno a su modo, plantearon la cuestión del sujeto político y la soberanía popular. Una lectura de la obra de Juan Bautista Alberdi necesariamente reparará en la doble inscripción de la pregunta por el sujeto, desde sus textos juveniles hasta sus escritos póstumos. Por otro lado, la presencia –también espectral– de los caudillos interpeló desde el accionar político la cuestión del sujeto y la legitimidad del orden.

En el siglo XX la pregunta adquirió nuevas gramáticas. La cuestión campesina, indígena y proletaria transformó las figuras de lo pensable. La Revolución Mexicana, y la presencia de Emiliano Zapata, corporizaron nuevos sujetos y nuevos horizontes de posibilidad del orden. La excepcional influencia de José Carlos Mariátegui para integrar el problema indígena a la agenda del pensamiento radical y la presencia del marxismo como herramienta teórica contribuyeron a una nueva arena de debates. Indudablemente la experiencia de los llamados “populismos clásicos” produjo una reconfiguración del problema y reintrodujo con mayor fuerza la cuestión nacional (y popular). Los movimientos de liberación tercermundistas y la Revolución Cubana también fueron claves para una reestructuración del campo de las luchas y los debates. Diferentes disciplinas críticas como la teología de la liberación, la teoría de la dependencia, la filosofía de la liberación y la pedagogía del oprimido, por ejemplo, aportaron sus perspectivas específicas en torno a la problemática social latinoamericana y sus horizontes emancipatorios.

Este ensayo pretende inscribirse en estas coordenadas y se propone plantear reflexiones sobre la cuestión del sujeto de lo político. No se ubica en el marco de una especulación sino que busca referencia en las movilizaciones sociales, los conflictos políticos y las experiencias colectivas de América Latina. Pero además lo hace desde una situación que asume la amalgama compleja de negaciones procedentes del centro occidental-moderno y desde una posición que articula tiempos y espacios. La filosofía

(con) política requiere plantear la pregunta por el sujeto histórico como problema filosófico, pero fundamentalmente como inexorable asunto político.

II. Sujetos, jaque y orden.

La larga lista de desobediencias en América Latina, desde rebelión de esclavos, indígenas e incluso criollas, es testimonio de la revelación de la contingencia y la interrupción de dispositivos de dominación del orden en sus diversas formas. Estos levantamientos produjeron históricamente una reinterrogación sobre el fundamento de la comunidad, las exclusiones producidas y la institucionalidad vigente que es consustancial a los procesos emancipatorios. Pensar las potencialidades (y los bordes) de las insubordinaciones nos obliga a reparar en las condiciones históricas de configuración del orden en cuestión. Ahora bien, ese ordenamiento es una articulación de temporalidades, espacialidades y ritmos históricos que configuran una totalidad-concreta. El contenido de la realidad es más que la realidad empírica. En América Latina, las temporalidades coloniales se articulan con las ancestrales, las nacionales con las globales, la larga duración del capitalismo con las neoliberales, con las comunitarias, con las invisibles, y cada una de estas dimensiones adquiere concreción en realidades regionales, nacionales y locales. El método de análisis –lo intuyó Marx en los *Grundrisse*– no puede partir de las abstracciones sino de la totalidad-concreta. Boaventura de Sousa (2006) identifica, producto de investigaciones multidisciplinares, al menos seis campos que amalgaman espacios y tiempos con formas específicas de poder: a) el espacio-tiempo doméstico con su forma de poder patriarcal; b) el espacio-tiempo de la producción con su forma de poder de explotación; c) el espacio-tiempo de la comunidad donde el poder se plasma entre quienes pertenecen a la comunidad y quienes no; d) el espacio estructural del mercado, donde la forma de poder es el fetichismo de la mercancía; e) el espacio-tiempo de la ciudadanía, cuya forma de poder aparece en la relación vertical entre los ciudadanos y el Estado y f) el espacio-tiempo mundial en cada sociedad que se vincula con el poder de un intercambio desigual entre países. Estos campos nos ayudan a pensar los modos específicos del ejercicio del poder y de la resistencia, aunque claro, hay que considerarlos en perspectiva histórico-concreta.

En estos terrenos operan lógicas de reproducción y dinámicas de insubordinación. El concepto de policía ha servido para referirse al conjunto de dispositivos que hacen a

la tecnología del gobierno, a la creación y al sostenimiento (reproducción) de la comunidad (Rancière, 2000; Foucault, 1975). La policía –según Derrida (1997)– está presente, invisible y eficaz en la operación constituyente del orden; todo lo invade. La presencia policial –nos dice Rancière– daña un principio ordenador: la igualdad de los hombres en cuanto seres parlantes (y dotados de *logos*), para otros como Enrique Dussel (1998 y 2007) lo que se daña es algo inmanente a la vida humana. Más allá de las consabidas críticas a las éticas universalistas, ambos principios buscan ubicarse fuera del ámbito trascendente y oficiar de piedra de toque para las políticas emancipadoras. El orden vigente daña [*tort*] la igualdad (Rancière) y produce sufrimiento (Dussel), y al mismo tiempo instala las condiciones para la identificación de esa negatividad producida por la positividad de lo social y genera un espacio potencialmente crítico y negador de la totalidad concreta.

La constitución del orden social no puede comprenderse sin una alusión a los sujetos. Por un lado, a los modos de producción de subjetividades dóciles-sujetadas. Desde el funcionalismo hasta el (pos)estructuralismo, muchas fueron las maneras de analizar la relación del orden con la producción de sujetos. Castoriadis ([1975] 2007) reparó en que el sustento del orden se basa en la capacidad de producción de individuos sociales a partir de lo pre-social. La concepción de ideología de Althusser (1981) también iluminó –aún con sus problemas– este asunto a partir de pensar la interpelación ideológica que transforma a los individuos en sujetos. Michel Foucault (1988) es, en este punto, imprescindible por sus aportes para concebir las tecnologías y los dispositivos de producción de subjetividades y su relación con la reproducción de las relaciones sociales. La productividad del poder en cuanto a la constitución de subjetividades contempla y a su vez va más allá de las “posiciones de los sujetos”. El aporte foucaultiano es central para pensar una serie de problemas que se reformulan al considerar la microfísica del poder con el cual capilarmente un orden social se constituye y se sustenta mediante la productividad de las instituciones, los dispositivos de control y las tecnologías del yo. El pensamiento poscolonial y los estudios subalternos son valiosos, entre otras cosas, porque dirigieron la mirada a procesos de constitución de subjetividades oprimidas que no habían sido consideradas en los primeros trabajos.

En un orden social pueden encontrarse múltiples y heterogéneas formas de sometimiento que operan en la sujeción, produciendo y reproduciendo el ordenamiento. No obstante, la pregunta crítica sigue interrogando por las opciones de cambio y la

posible emergencia de sujetos colectivos y políticos capaces de producir acontecimientos. En efecto, el análisis de los modos de sujeción que operan en el campo de la subjetividad no puede hacernos perder de vista los procesos de subjetivación. Mientras que la sujeción nos remite a la dimensión en la cual el orden se inscribe y produce a la subjetividad-sujetada, la subjetivación refiere a las rearticulaciones capaces de instalar nuevos lugares de enunciación y acción histórica; allí radica la otra cara de la preocupación por el sujeto. Ambos procesos, sujeción y subjetivación, se materializan históricamente y cristalizan sus múltiples escalas, abstracciones, temporalidades y especialidades.

La subjetividad política entra en escena, pero ya no podemos planearla desde obsoletas posiciones vinculadas al estructuralismo o al trascendentalismo, máxime si pretendemos hacer filosofía política como modo de reflexionar sobre los asuntos de la polis (y de la selva) latinoamericana. Es imprescindible constituir otras plataformas para pensar la configuración de la subjetividad política. En esta perspectiva quisiéramos presentar algunos nudos problemáticos que, si bien no agotan, pueden ayudar a una reflexión sobre las subjetividades políticas, ellos son: la decisión, las demandas y el antagonismo, como procesos ligados a la subjetivación política.

El replanteamiento de los modos y alcances de las emergencias de los sujetos políticos nos llevan a repensar la relación entre estructura, sujeto y acción, y allí la decisión es un operador clave. Una de las definiciones más citadas del posestructuralismo en el campo de la teoría política refiere a que “el sujeto no es otra cosa que la distancia entre la estructura indecidible y la decisión” (Laclau, 2000: 47). Derrida (1997) cita a Kierkegaard para afirmar que el momento de la decisión es el momento de la locura, es el lugar de la ruptura de una racionalidad dominante, el plus no contado. Laclau plantea que la decisión “es el momento del sujeto antes de la subjetivación” (Laclau 2003: 85).

Pues bien, detengámonos en la importancia del acto de la decisión como “gesto de subjetivación”, tal como lo llaman Rancière y Žižek, que es la instancia de la constitución del sujeto (por eso la decisión es performativa del sujeto). Mientras que la subjetivación remite a un acto-proceso histórico, la subjetividad remite a un campo que se reconfigura como condición de posibilidad del sujeto que interrumpe los mecanismos de dominación (aunque también como instancia en que se inscribe la repetición). El sujeto indígena, mujer, desocupado, sin-tierra, joven se autoinstituye parcialmente en tanto estructura y decisión se subvierten mutuamente. No es un voluntarismo en la

medida en que “la decisión tiene ontológicamente hablando un carácter fundante tan primario como el de la estructura a partir de la cual es tomada ya que no es determinada por esta última” (Laclau, 2000: 47). Las tecnologías y los dispositivos de constitución de la subjetividad siguen operando. No obstante, el acto de decisión provoca un cierre precario (el sujeto siempre es barrado a la manera lacaniana) a la vez que abre, rasga, subvierte la temporalidad dominante del campo en el que emerge. Nada nos dice la decisión en sí de su alcance y efecto, ni en la constitución del sujeto ni en el orden de aparición, pero el sujeto es arrojado a un nuevo terreno de conformación en un mundo social que además objeta. La presencia encarnada del espectro pone en cuestión la positividad del orden social al producir otra visibilidad de un rostro marcado: indígena, mujer, campesino, afroamericano, trabajador desocupado, migrante, homosexual. La emergencia del sujeto fractura la configuración estructural, abre la totalidad con una presentación pública de lo heterogéneo, de forma violenta, estética, lúdica. La decisión, como argumenta Derrida, rasga la historia y no puede calcularse algorítmicamente sino que sucede históricamente. No se deduce, pero tampoco surge *ex nihilo*. Este lugar de la decisión indómita es el lugar también de la voluntad y la pasión, dimensiones que han sido dejadas de lado por las propuestas de una filosofía política normativa.

La teoría política de Ernesto Laclau (2005) ha identificado a las demandas sociales como sus unidades mínimas de análisis. En el contexto del proceso político, dos son los sentidos contenidos en la noción de demandas. Por un lado la petición que se eleva hacia una autoridad que se considera competente en la resolución de una situación dada. Esto supone inscribir la demanda en una lógica política institucional, en “la política”, sin una implicancia beligerante. La negación de esta demanda por el orden instituido puede disolver la demanda, desplazarla o generar condiciones para su transformación en reclamo, es decir, una instancia de interpelación hacia otro que niega un estatus concebido como legítimo. A su vez, esta negación producida por un orden institucional genera condiciones para que la demanda entre en contacto con otras demandas igualmente desatendidas con lo que se produce un campo social unificado por la negatividad. La composición del bloque campesino, indígena, obrero en Bolivia, por ejemplo, supone una articulación de subalternidades producidas por el orden hegemónico, las cuales se manifestaron en la Guerra del Gas, la Guerra del Agua, la defensa de la hoja de coca, las culturas indígenas y los Ayllu. La fugaz pero potente consigna “Piquete y cacerola, la lucha es una sola”, puede leerse como la amalgama de

las demandas de los desempleados con los sectores medios “indignados” en Argentina posdiciembre de 2001.

El psicoanálisis, por supuesto, tiene en la noción de demanda una categoría clave, factible de una lectura política del “ser deseante”. Fredric Jameson (1995) en referencia al esquema “L” de Jacques Lacan distingue entre la “necesidad” como hecho puramente biológico y la “demanda” que indefectiblemente está mediada por el lenguaje. En este terreno se abre un importante campo de estudio sobre los discursos que constituyen o inscriben la demanda. Es la falta constitutiva la que impulsa al intento de cierre (parcial) mediante actos de identificación que en nuestro caso pensamos para el sujeto político. El abordaje de la constitución discursiva de esa “falta” que se vincula con el deseo conduce, como dice Castoriadis, a reubicar la importancia de los imaginarios sociales. Los elementos que intervienen en la construcción de la demanda tienen un carácter productivo de una nueva situación que además instituye un umbral para la acción, una voluntad colectiva, en palabras de Gramsci.

La filosofía, por su parte, también identificó a la demanda y el deseo de reconocimiento como motores del sujeto. Basta recordar las palabras de Hegel en la *Fenomenología del Espíritu*: “La autoconciencia es en y para sí en cuanto que y porque es en sí y para sí para otra autoconciencia; es decir sólo en cuanto se la reconoce” (1992:113). En el deseo elaborado como demanda encontramos las huellas del paso de la subjetividad al sujeto. En otras palabras, la demanda se orienta hacia el otro, hacia su reconocimiento, interpelando de alguna manera a la alteridad. En su momento, el existencialismo también reparó en la mirada del otro como constitutiva de la subjetividad. En términos políticos podemos indagar el lugar de la solicitud hacia la alteridad como un reenvío simbólico constitutivo de la propia identidad.

El análisis de la conformación de la subjetividad colectiva encuentra en la dimensión de la demanda un espacio clave para pensar la producción de los sujetos políticos. La falta, la necesidad de simbolizar y el lugar del otro son aspectos que contribuyen a la precaria sutura productiva del sujeto y nos ayudan a pensar el lugar de la voluntad y la intervención-acción, que tiene efectos desestructurantes para el orden y estructurantes para el propio sujeto. En tal sentido, abre el campo de reflexión a una de las dimensiones más controvertidas de los sujetos políticos, que se relaciona con el conflicto social, con el desacuerdo y con la impugnación de la totalidad positiva vigente a partir de una revitalización de la negatividad producida por el propio ordenamiento.

El proceso de articulación de la subjetividad colectiva no puede pensarse por fuera de las experiencias históricas, pero tampoco rehuyendo del espacio de libertad-creación que los actos subjetivos colectivos tienen en su desarrollo: sujeción y subjetivación marcan la doble inscripción de la subjetividad. Los modos de sujeción han sido estudiados, y abordar las formas de subjetivación es central en el esfuerzo por comprender la emergencia de sujetos políticos. Decisión y demanda, como expusimos, son aspectos claves para la conformación de los sujetos en tanto contemplan aspectos propios de la estructura social sin estar determinados por ellos. Al introducir el campo de la subjetividad colectiva como campo de las operaciones de sujeción y subjetivación sorteamos tanto el problema del determinismo como el del voluntarismo.

Es la articulación de la subjetividad colectiva la que permite el corrimiento hacia nuevos lugares de enunciación y arroja al sujeto al terreno mismo de su siempre fallida constitución. Las subjetividades atravesadas por la hegemonía comienzan a moverse, a desplazarse y a constituir nuevos espacios de hacer a partir de una rearticulación de su propia experiencia. El movimiento indígena en Bolivia es una muestra de ello. La reconfiguración de la subjetividad colectiva en esos espacios abiertos constituye la posibilidad de construcción de sujetos políticos con capacidad de acción y lucha por el orden social. La operación de subjetivación contiene la dimensión mítica que interrumpe los efectos ideológicos (y necesariamente instituye otros a partir de los materiales existentes) e instala distintos campos para la acción política. Sin embargo, las instancias del sujeto político no se agotan en su gramática de producción, sino que es preciso recuperar esa constitución en su complejidad. El mito opera como cierre pero no determina los alcances sino los bordes difusos de una experiencia capaz de (re)producir horizontes imaginarios, organizaciones, acciones colectivas y conflictos. La historicidad del sujeto como articulación de tiempos-proyectos es diferente en las experiencias indígenas que en las industriales urbanas, en las mujeres que en los afrodescendientes, incluyendo todos los modos de cruce de posiciones. Sin embargo nos referimos al proceso análogo de producción de estos sujetos mediante actos de subjetivación que instalan antagonismos que en ocasiones comparten temporalidades y negaciones. Las traducciones, los puentes, las articulaciones tienen efectos estructurantes de subjetividad popular, precaria amalgama heterogénea que usa como cemento de su bloque lo imaginario y la experiencia colectiva.

La antagonización de la subordinación produce el recuerdo de la contingencia, revela el carácter político-histórico del orden y lo interpela. De este modo abre la

posibilidad de un nuevo momento (re)fundante de la totalidad desde impugnaciones de diverso tipo. Es el orden simbólico (y por lo tanto material) el que entra en cuestión. Las potencialidades del sujeto político no pueden determinarse a priori, predicando la astucia de su razón o mandatos históricos. El orden social contiene potencialidades múltiples no actualizadas que sin embargo no son de realización necesaria en el devenir histórico. Lo político, en este sentido, opera sobre este límite de lo posible en la búsqueda de su expansión (construcción de lo potencial) y actualización de opciones (Zemelman, 1992).

III. Sujetos políticos en América Latina: verbo y carne

Luego de las vaticinadas muertes del sujeto y de la historia, desde diferentes lugares de América Latina, han levantado su voz y se han hecho cuerpo un conjunto variado de experiencias colectivas producto de procesos de subjetivación. El fantasma que anunciaba Marx a mediados del siglo XIX se presenta en distintas experiencias, con diferentes ropajes, temporalidades, proyectos e historicidad en América Latina y nos obliga a pensar el proceso político con todo el arsenal de categorías (y a inventar otras junto con modos de pensar) para avanzar en la comprensión de un fenómeno complejo. Las salidas de las dictaduras en el Cono Sur y la deconstrucción de los mecanismos del terror, los levantamientos indígenas disímiles como el zapatismo en México y el ecuatoriano, la articulación indígena-campesina en Bolivia, los movimientos sociales como los Sin Tierra en Brasil y los desocupados en Argentina, los movimientos nacional-populares, nos sitúan frente a la tarea de repensar a los sujetos ya no como especulación sino como necesidad. La presencia de movimientos colectivos es una oportunidad para la filosofía política de recuperar su politicidad e incorporar en su agenda los problemas políticos contemporáneos: la pregunta por los sujetos de cambio social y las pretensiones de soberanía y orden justo. ¿De qué nos sirve la filosofía política en América Latina si no puede pensar los acontecimientos de cambio, los movimientos sociales, la violencia en Colombia o en México, los procesos constitucionales en Bolivia, Ecuador y Venezuela?

Esta preocupación nos impone plantear la cuestión del sujeto político como parte de un proceso en gerundio (dándose) en América Latina y una doble consecuencia: el impacto en la cuestión de la soberanía y la democracia. Diferentes experiencias en América latina nos enfrentan a desafíos intelectuales y políticos. Los movimientos

sociales en muchos casos han articulado fases de resistencia y demandas con intervenciones institucionales. Algunos sujetos mantienen su autonomía y luchan por el reconocimiento de derechos y la ampliación de la ciudadanía; otros colectivos, devenidos en sujetos populares o sujeto-pueblo, reclaman para sí la soberanía estatal (tan desahuciada) y desde allí se proponen nuevas institucionalidades políticas inclusivas, nuevas constituciones del orden político. En contextos de desigualdad persistente, de realidades atravesadas por las huellas de múltiples e históricas dominaciones y negatividades heterogéneas, el espectro que retorna en las experiencias colectivas sitúa a los sujetos políticos como portadores de historias, sueños y futuros. La actualización de potencialidades contenidas y la expansión del campo de lo posible-deseable tienen a los sujetos políticos concretos e históricos como protagonistas. Es el mágico realismo del accionar de los espectros que se obstinan en construir su historia en América Latina.

Referencias bibliográficas

- ALTHUSSER, Louis (1981), “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, en *La filosofía como arma de la revolución*, México, Pasado y Presente.
- CASTORIADIS, Cornelius ([1975] 2007), *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets.
- DERRIDA, Jacques (1997), *Fuerza de ley: El “fundamento místico de la autoridad”*, Madrid, Tecnos.
- DUSSEL, Enrique (1998), *Ética de la liberación*, Madrid, Trotta.
- (2007), *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*, Madrid, Trotta.
- FOUCAULT, Michel ([1975] 2003), *Vigilar y Castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (1988), “El sujeto y el poder”, en Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México, UNAM.
- HEGEL, Georg W. F. ([1807]1992), *Fenomenología del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica.
- JAMESON, Fredric (1995), *Lo imaginario y lo simbólico en Lacan*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- LACLAU, Ernesto ([1990] 2000), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.

- (2003), “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la construcción de lógicas políticas”, en Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 49-94.
- (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- MARX, Karl ([1857-1858] 1980), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, México, Siglo XXI.
- RANCIÈRE, Jacques (2000), “Política, identificación y subjetivación”, en Benjamín Arditi (ed.), *El reverso de la diferencia: identidad y política*, Nueva Visión, Caracas.
- SANTOS, Boaventura (2006), *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*, Buenos Aires, CLACSO.
- ZEMELMAN, Hugo (1992), *Horizontes de la razón*, Barcelona, Anthropos.